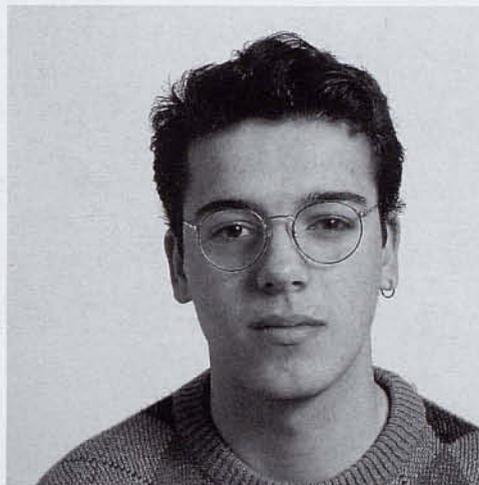


EL CATALÁN, LENGUA DEL TRABAJO



© ELOI BONJOCH

HOY EN DÍA, UNA DE LAS PRIORIDADES EN MATERIA DE POLÍTICA LINGÜÍSTICA ES EL FOMENTO DEL USO DEL CATALÁN EN EL ÁMBITO LABORAL. CON ESTE PROPÓSITO, SE HAN CREADO SERVICIOS LINGÜÍSTICOS EN EL SENO DE LOS SINDICATOS Y DEMÁS ORGANIZACIONES DEL MUNDO ECONÓMICO, Y SE ELABORAN Y DIFUNDEN LAS TERMINOLOGÍAS EN CATALÁN DE TODOS LOS SECTORES DE PRODUCCIÓN.

JOAN TUDELA PERIODISTA



En los años treinta, el catalán era la lengua del pueblo y, por consiguiente, la lengua del trabajo. Era también la lengua de la política y de la literatura, y empezaba a ser la de la escuela y la universidad, la de la prensa y la de la radio. En Cataluña (la situación valenciana y balear era y es diferente), el catalán se habría normalizado del todo de no haber caído la República española y, con ella, la democracia y la autonomía.

Dentro de Cataluña, las únicas reticencias procedían del mundo sindical; no de la Unión de Rabasaires, representante del campesinado, a la sazón muy numerosa, sino de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), el gran sindicato obrero. No era una oposición general, ni mucho menos frontal, pero el hecho es que la mayoría de dirigentes sindicales no simpatizaba con la normalización del catalán. Unos porque creían que el asunto no era importante; otros porque eran partidarios o bien del esperanto como ideal lingüístico, o bien del castellano como expresión de hermanamiento con los trabajadores de la España castellana. Aun así, la recuperación del catalán habría salido adelante.

Pero España sufrió la larga dictadura del general Franco, que duró desde 1939 hasta 1975, y que reprimía el uso público del catalán. Muerto el dictador y restablecida la democracia y la autonomía, el panorama social, ideológico y lingüístico de Cataluña era bastante distinto del que existía en los años treinta.

La guerra a muerte entre la revolución y la reacción ya ha pasado a la historia. La iglesia y los sindicalistas, enemigos irreconciliables antes de la dictadura, hicieron las paces al coincidir, en los años sesenta y setenta, en la lucha por la democracia. Comisiones Obreras (CCOO), el sindicato más fuerte durante el antifranquismo y ahora uno de los dos grandes, tiene entre sus señas de identidad la defensa de la autonomía de Cataluña y de la normalización del catalán. Y lo mismo cabe decir de la Unión General de Trabajadores (UGT), el otro gran sindicato actual,

de la Unión Sindical Obrera (USO) – surgida, como CCOO, durante el antifranquismo –, de la Confederación General del Trabajo (CGT) – heredera histórica de la CNT –, y de la Unión de Payeses, el sindicato del campo, a pesar de que hoy el peso social del campesinado es mucho menor que en los años treinta. Pero el consenso en favor del catalán no es sólo sindical, sino que abarca a todas las asociaciones del mundo laboral. Es decir, también participan en él los colegios profesionales, algunos de los cuales desempeñaron un papel comparable al de CCOO y USO durante el antifranquismo, las cámaras de comercio y las organizaciones empresariales, sobre todo las de tenderos y pequeños empresarios.

Pero no todo el monte es orégano. La actual situación sociolingüística, si la comparamos con la de los años treinta, es más favorable al castellano. Por lo menos la mitad de la población catalana actual procede de la inmigración masiva originaria de Andalucía y de otras regiones de la España castellana, paralela al desarrollo económico iniciado en 1959. Cataluña, en plena dictadura, no pudo acoger a los recién llegados en catalán.

Es un milagro social, del que el pueblo catalán está legítimamente orgulloso, la cohesión social existente entre los nuevos catalanes y los catalanes de pura cepa. El modelo catalán de convivencia fue formulado hace décadas por políticos, sindicalistas y curas, y ha tenido éxito. El proble-

ma, una vez asegurada sólidamente la convivencia, es ampliar el uso de la lengua propia del territorio, es decir del catalán.

Algunas voces pesimistas dudan de que pueda alcanzarse plenamente dicho objetivo, a causa de la gran vitalidad del castellano en la sociedad catalana actual. En general, sin embargo, se considera que la plenitud del catalán es aún posible. Durante los primeros años de autogobierno, la política lingüística estableció como ámbitos prioritarios la enseñanza, la administración y la radiotelevisión pública. Ahora, una de las prioridades es el fomento del uso del catalán en el ámbito laboral. Con este propósito se han creado servicios lingüísticos en el seno de los sindicatos y de las demás organizaciones del mundo económico, y se elaboran y difunden las terminologías en catalán de todos los sectores de la producción. Desde el ámbito civil, hay grandes empresas – por ejemplo, las cajas de ahorros – que han protagonizado un cambio lingüístico muy notable a favor del catalán, mientras que empresarios y sindicalistas, en unos sectores más que en otros, se interesan activamente por la normalización lingüística.

Es curioso observar que, en los años treinta, la sociedad de Cataluña vivía en catalán pero muchos sindicalistas soñaban con adoptar el esperanto; la cohesión étnica era completa, pero los antagonismos sociales, en Cataluña y en España, eran tan grandes que estalló la Guerra Civil, preludio de la Segunda Guerra Mundial. En los años noventa, la sociedad catalana vive en gran parte en castellano, pero muchos sindicalistas actúan en favor de la recuperación del catalán; existen dos grupos etnolingüísticos, el catalanohablante y el castellanohablante, pero la voluntad de convivencia y de fusión en un solo pueblo es tan grande que representa un ejemplo positivo en un mundo castigado por diversas guerras étnicas. Cataluña tiene claro que la normalización de la lengua propia, la paz civil y la prosperidad económica son objetivos inseparables. ■